


LA ÉPOCA DE ORO EN LA VOZ DE FERNANDO *FREDDY* QUIÑONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA VALLE



La visión sobre la ciudad es cambiante y se gesta a través de la experiencia cotidiana. Las vivencias nos hacen querer, despreciar u olvidar el pasado. La composición de lugar que permanece depende de lo bien o mal que nos haya ido en determinado sitio. Momento y circunstancias determinan nuestra relación con la ciudad. Para lo que algunos es recuerdo positivo, para otros puede ser una pesadilla. Son múltiples las interpretaciones y construcciones de esta ciudad en la que vivimos.

En este trabajo se presentan fragmentos de una entrevista hecha a un cantautor típicamente fronterizo: Fernando *Freddy* Quiñones, un enamorado de la Tijuana de los años cincuenta. Teatense de origen, nació el 30 de mayo de 1928. En 1954 regresó a Baja California, procedente de San Francisco, California, a donde había partido en 1947 para formar parte de una de las grandes orquestas de ese tiempo: la Or-

questa de don Merced Gallegos. Se estableció en Tijuana por un periodo de cuatro años. Como todo artista de aquellos años, el espacio de trabajo era la avenida Revolución. Allí trabajaría como vocalista en el "Caliente Club", para convertirse pronto en *showman* en el "Monalisa" y el "Ritz", entre otros centros nocturnos. En 1958 de nuevo decidió cambiar de aires y se marchó a San Francisco, volviendo por un breve periodo a Tijuana, para marcharse definitivamente en 1959 a San Francisco, ciudad en la que permaneció hasta 1983, cuando trasladó su residencia a Chula Vista, California, desde donde sigue cantándole a la vida y a sus amores.

Una de las cosas que más llama la atención es su apología de la ciudad de Tijuana. Contrario a la dirección que apuntan sus detractores, sabe reconocer lo positivo de la leyenda negra que pesa sobre la ciudad. A contracorriente, explica las razones de sus querencias. Se mantiene a distancia de las visiones moralinas que tratan de ignorar los orígenes de la ciudad de frontera por excelencia. Tijuana son sus historias, sus artistas, sus amantes.

A través de la palabra de Fernando *Freddy* Quiñones podemos conocer la otra visión, la de los protagonistas de la historia del espectáculo, los que dieron vida a la vituperada avenida Revolución. Es un recuerdo festivo de un periodo importante de la historia de la ciudad.

Una historia familiar

El ser cantante y compositor lo llevo en la sangre, soy soñador, medio poeta y cantautor, de presencia bigotuda y varonil, nacido en el tiempo de los boleros románticos de Agustín Lara y Gonzalo Curiel y de Los Panchos, que imponían el romance en sus canciones llenas de pasión, con la experiencia de haber vivido la época de los elegantes y controversiales pachucos, de espíritu precursor, del varón chicano que trataba de romper las barreras del racismo anglosajón y que bailaba el *swing* y el *gitterbug* en los años cuarenta.

Ese soy yo, una mezcla del pasado y del presente de México y Estados Unidos, el cantautor tecatense Fernando *Freddy* Quiñones.

Una afición temprana

Desde niño comenzó mi afición por la música, pues mi hermano Jesús tocaba la guitarra y a mi padre le gustaba mucho cantar, así como a mis tíos paternos; casi todos fueron músicos allá en el sur de la Baja California. A mis hermanas *Chefina* y *María* mi padre las hacía cantar en las fiestas allá por el rancho de Tanamá no profesionalmente, naturalmente. Cantaban corridos, canciones de amor y “contra de ellas” -como decía mi padre-, eran las que se oían en toda la comarca. Me acuerdo yo de la primera canción que aprendí. Me la enseñó mi hermano precisamente ahí en Tecate. Se llama “La Man-cornadota”. Dice: “Ando ausente del bien que adoré, apasionado por una mujer, sólo tomando disipo mis penas, con las copas llenas para divagar”, una canción muy bella.

Me acuerdo también de los bailes en Tecate; mis hermanas platicaban mucho de las fiestas. En ese tiempo se bailaban las cuadrillas que era un baile que venía de Estados Unidos. Los bailes se hacían en un rancho cercano a Tecate y que era propiedad de don Luis Félix. Allí tocaba un grupo formado por mi cuñado Crispín Valle -quien se casó con mi hermana Josefina en 1933-, José Heredia, don *Pancho* Carbajal, don Gilberto Aguilar, a veces mi hermano Jesús y don *Pancho* Quezada, a quien también le gustaban las pachangas.

Después de que terminé la primaria me sentí un poco triste pues muchos de mis amigos ya hablaban de irse a estudiar fuera de Tecate. Yo qué podía hacer si mi familia era tan pobre; no había dinero ni para salir ni para nada. Mis amigos me preguntaban que iba a hacer con mi vida. Para ese tiempo mi padre ya había pasado a mejor vida. Así, decidí estudiar telegrafía en el cuartel que estaba rumbo a la carretera que iba para Tanamá y el Valle de Las Palmas, hoy la Colonia Militar. Pero dentro de mí yo sentía que de alguna manera en la música iba a tener alguna intervención, y algo me decía que esa iba a ser mi carrera, y en mi tristeza sentía un consuelo cuando pensaba en eso.

Mi hermano Miguel era gerente ejecutivo de la Cantina Santana, allí yo barría y hacía el aseo, lavaba botellas, regaba la calle y otros trabajos. Cuando llegó septiembre y muchos de mis amigos se fueron a la “Poli”, el Instituto Técnico Industrial de Tijuana, algunos muchachos y yo nos quedamos en Tecate pues no pudimos ir a estudiar. Pero en el mes de octubre me llevé una gran sorpresa cuando una mañana me dijo mi hermano Miguel que me fuera a la Poli, a alcanzar a los amigos, entre ellos el *Poncho* Angulo, Mario Brambila, los hermanos Melero, el *Chava* Rebelín, el *Chava* León. Sin em-

bargo yo me puse un poco triste pues iba a ser la primera vez que salía de Tecate y dejaba a mi mamá, pero yo iba con mis cuates y eso me animaba.

Los primeros días en la Poli se me hicieron tristes pero después me aclimaté bastante. Y después de estar en la escuela por un año, me comencé a dar mis escapadas por las noches para irme a cantar a un concurso de aficionados que se transmitía en la estación de radio XEAC, en el programa que dirigía Oswaldo Treviño, padre de René Treviño Arredondo. Me hacía llamar Fernando Álvarez para que no se dieran cuenta en Tecate y no se me armara la bronca. A mí me fascinaba mucho la radio.

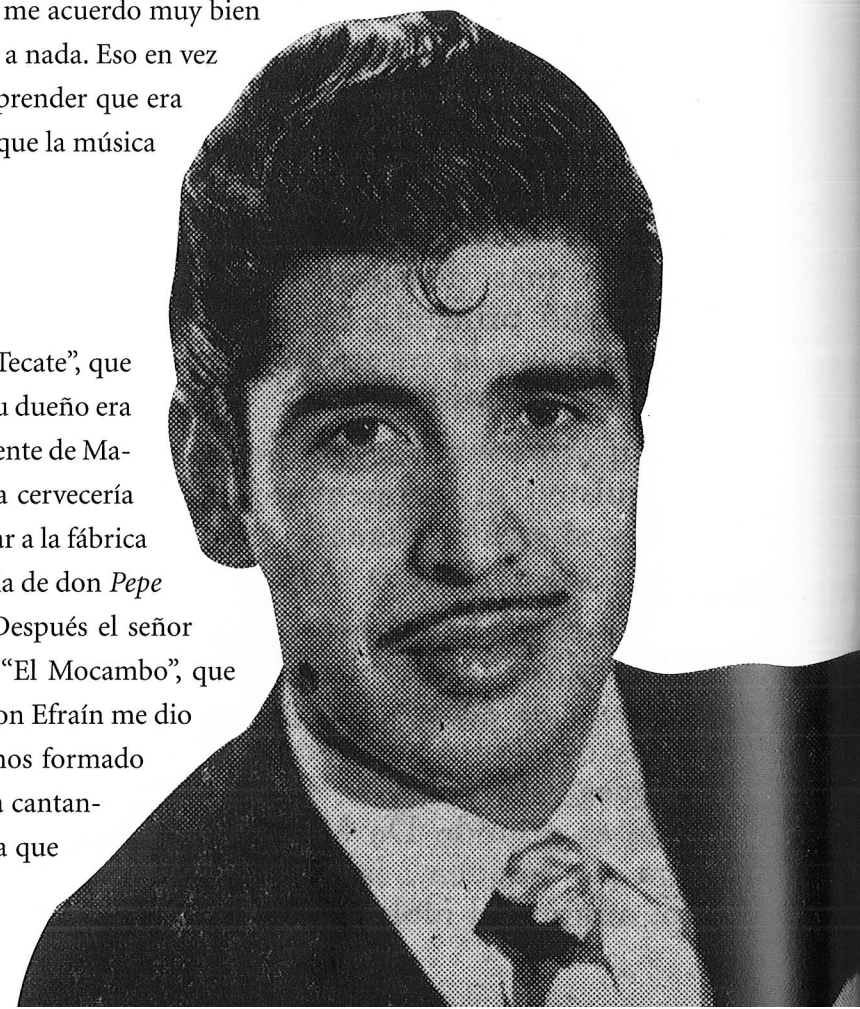
En ese tiempo la situación de los maestros en la “Poli” se puso muy crítica, ya no les querían pagar y muchos se fueron; esto sucedió en el segundo año de pre-vocacional, ya nomás teníamos dos clases al día, de manera que era una pérdida de tiempo. Un buen día el *Poncho* Angulo y este servidor nos salimos y volvimos a Tecate. A mi hermano Miguel no le gustó eso absolutamente nada, él seguía con la cantina, también trabajaba ahí mi hermano David. Yo trabajé una temporada con ellos; pero a mí lo que me gustaba era tocar la guitarra con mis cuates. Muchos de ellos también se habían salido de la “Poli” y habían regresado; nos la pasábamos de buen ambiente hasta que mi hermano Miguel me puso las cartas sobre la mesa. Habló conmigo y me dijo cuatro verdades que hoy comprendo. Y me acuerdo muy bien que me dijo que con la guitarrita no iba a llegar a nada. Eso en vez de enojarme me motivó para reaccionar y comprender que era tiempo de actuar y no de hablar ni soñar. Sabía que la música tarde o temprano sería mi solución.

Los Maniceros y *Toña* la Prieta

Por lo pronto decidí trabajar en la “Cervecería Tecate”, que seguía en construcción (fue fundada en 1943). Su dueño era don Alberto Aldrete. En esa época vino mucha gente de Mazatlán y de otras partes de Sinaloa a trabajar; la cervecería empleaba a mucha gente. Cuando entré a trabajar a la fábrica de cerveza no me tocó planta, pero por influencia de don *Pepe* Osuna, un gran amigo, me dieron el trabajo. Después el señor Efraín Ferreiro abrió un lugar que se llamaba “El Mocambo”, que estaba por la calle Cárdenas frente al cine. Ahí don Efraín me dio chanza que cantara con un grupito que habíamos formado y que se llamaba “Los Maniceros”. Traíamos una cantante que le llamábamos *Toña* la Prieta, una negrita que hasta la fecha no sé ni de donde vino.

Era pura felicidad. Trabajar y cantar en “El Mocambo” era pura vida. Allí nos iba muy

Club “*Monalisa*”, aquí *Freddy* Quiñones de showman. ▼



bien. El grupo lo formábamos: “su servilleta”, José Melero, Enock Carrillo, Anselmo Bretado, Goyo Hernández y *El Camotes*; pero después vino un muchacho, un contador que se llamaba Eusebio Lozano, al que le decíamos Benito Juárez porque era mucho el parecido.

Las canciones que más nos pedían eran un bolero: *Has vuelto* y las guarachas que andaban de moda: *Shampoo de cariño*, *Dice mi gallo* y sobre todo *El sauce y la palma* y *El quelite*. Esas canciones las trabajábamos porque iba casi pura gente de Sinaloa a “El Mocambo” y nos las pedían; además la familia Ferreiro, los dueños, eran de aquel estado.

Muy seguido una familia de apellido Valverde nos llevaba a tocar a San Diego, de ahí a veces nos íbamos a Tijuana. Una vez después que tocamos en el otro lado, nos llevaron a Tijuana a una fiesta en la colonia Cacho. Era una pachanga pero de esas buenas, como no llevamos piano tocamos con un acordeón y los demás instrumentos; pero después de la fiesta, ya como a las tres de la mañana, nos agarró una lluvia terrible. El señor nos regaló un galón de Bacardí, pues ahí con ese trago entrábamos a los charcos y como el licor todo lo cura, no nos hizo nada el chubasco, y amanecimos perfectamente bien.

En la XEBG

Por aquellos años tuve la gran oportunidad de cantar en el famoso cabaret *El Tecolote*, en la ciudad de Mexicali. Gracias a mi intrepidez logré un contrato en dicho club, pues abordé a uno de los dueños, el señor Alfredo Aldrete, en sus oficinas de la Cervecería Tecate (su hermano Alberto la había fundado en 1943) y le pedí una oportunidad. Estuve un tiempo en “El Tecolote” y al terminar mi contrato me fui a Tijuana, donde el señor Mario Marcos Mayáns, a quien agradezco y recuerdo, me ofreció cantar en un programa patrocinado por los productos *Pulmotol* de la XEBG. Mi pianista acompañante era el cieguito Adrián Márquez. La estación estaba por la colonia Libertad. A veces nos íbamos a pie desde la colonia Cacho. Yo tenía que llevar y traer a Adrián a su casa, pero eso me divertía. El locutor del programa era un sudbajacaliforniano, declamador -muy buena gente, por cierto-, el señor José Alan Gorozabe de la puritita Santa Rosalía. Los patrocinadores del programa eran los productos *1,100* de Los Ángeles y mi sueldo era de diez dólares a la semana. Por buena suerte yo vivía en la calle 6ª, cerca de la Revolución, en casa de mi hermano Jesús, que era el que me daba para todos los gastos, sino pues me hubiera llevado el tren.

En ese tiempo andaba de moda un bolero con mariachi que se llamaba *No me vuelvo a enamorar*, cantado por otro bajacaliforniano, Anselmo Alvarado, a quien también después tuve el gusto de conocer. Después de salir de la radio Adrián y yo recorríamos la avenida Revolución, porque nos gustaba

tocar y cantar con las orquestas de los cabarets. Íbamos mucho al hotel a oír cantar al *Che Luis* y al *pibe Villacorta*. El *Che Luis* era un muchacho que cantaba tangos, de quien con el tiempo también me hice buen amigo.

La situación en Tijuana no progresaba y con diez dólares a la semana no me alcanzaba para nada, y además se terminó el programa; de manera que regresé nuevamente a Tecate. Allí con serenatas y algunos trabajos que hacíamos en el día, más o menos salía para seguir cotorreando. Además mi hermano Miguel había abierto una tienda de abarrotes que se llamaba “La Provedora”, donde trabajábamos mis hermanas Elena y Rosa y este servidor. Yo lo hacía por la mañana y ellas por la tarde; me gustaba ese horario porque me quedaba tiempo para juntarme con los cuates y que siguiera la misma rutina, con el mismo reventón.

Entre los miembros de mi pandilla había un cuate, *Goyito Sánchez*, quien era boxeador y que tenía una tía en San Francisco, California. Un día la tía llegó a visitar a la familia de mi amigo. Con ella venía una mujer muy bonita, una pelirroja, de manera que fuimos a cantarle. Me hice muy amigo de ella y me dijo que en San Francisco había una orquesta latina que era lo máximo y que yo debería ir allá, a tratar de ingresar a esa organización. Sin embargo, como ya había tenido la mala experiencia de Los Ángeles, no me atrevía. Pero los milagros y coincidencias suelen pasar: en septiembre, el día 15, para ser exacto, el día de las fiestas patrias, del grito de independencia, los tíos de mi amigo Anselmo llegaron también de San Francisco a pasar unas vacaciones. Fuimos a cantar a su casa porque su hermana les ofreció una pequeña fiesta, muy mexicana. Estuvimos cantando. Entonces el tío de Anselmo me volvió a decir que en San Francisco había una orquesta muy buena y que me debería ir para allá. Además, me dijo que él conocía a una persona que podía introducirme con don Merced Gallegos, el dueño y director de la orquesta. Hasta se ofreció a llevarnos en su automóvil para allá. Pues dicho y hecho, al otro día, el sábado 16 de septiembre de 1947, abandoné Tecate y me fui a San Francisco: ‘Y agárrate San Francisco, porque ahí va Fernando Quiñones de Tecate’.

A Tijuana

Aquella frase que dice: “Todo lo que empieza termina”, es muy válida. Viviendo en San Francisco, en septiembre de 1954 me ordena el Departamento de Migración que vaya al Consulado americano en Tijuana a recoger mi visa de residente permanente. ¡Oh, pues qué alegría tener papeles! Nuevamente dejé San Francisco el día 10 de octubre de 1954, pero con tristeza porque dejaba a mi hijo de apenas dos años.

Mi matrimonio ya andaba muy mal y la ida a Tijuana representaba un escape legal para salirme de San Francisco y a la mejor se componían las

cosas. Pues empaqué, preparé mi automóvil y esa misma noche dejé San Francisco. Llegué a Chula Vista el día 1 de octubre y me hospedé en el hotel "Primero" que está en la calle 3ª; ese hotel todavía existe. Quién me iba a decir que con el paso del tiempo, precisamente en Chula Vista formaría y tendría mi hogar.

Me entrevisté con el doctor que me iba a hacer unas exámenes que necesitaba para la visa permanente. Total que el día 3 de octubre llegué a mi tierra Tecate, esta vez bastante bien, con buen carro, con dinero, con bastante experiencia artística y confianza en mí como cantante de orquesta y de grupo. La mayor alegría de ese día fue la emoción de volver a ver a mi mamá, después de dos años, y a todos mis sobrinos; algunos que no había visto desde hacía cuatro largos años. Fue emocionante volver a ver a mis hermanos, a mis hermanas, y nuevamente a todos mis amigos y a la palomilla de farra. Algunos de ellos ya no estaban, habían partido para otros rumbos. Volver a estar en mi pueblo y recordar sus calles que aún tenían la esencia y el recuerdo de mi ayer, de mi niñez y de tantas ilusiones que forjé en mi juventud. Todo aquello estaba tan ligado a mí y se sentía en el ambiente lleno de sinceridad y amor.

Dentro de mí le di gracias a Dios por haber permitido tantas alegrías, pero también por las horas de amargura y de nostalgia, y por darme la dicha de permanecer con vida y presenciar los días soleados de mi Tecate y los nublados y lluviosos de San Francisco. Por darme la vida, por estar en la compañía de mi santa madre y de todos mis familiares y amigos que me daban tanto cariño y un amor inconfundible. Y ese día fue de fiesta, que aún vive y vivirá en mi alma por siempre.

El 5 de octubre era la fecha para presentarme en el consulado a recoger mi visa permanente. Esa mañana muy temprano me fui en mi carro por la carretera que va de Tecate a Tijuana; llegué al consulado como a las nueve y media, en un momento, como en menos de cuarenta y cinco minutos, ya tenía yo la visa en la mano. Me indicaron que me fuera para San Ysidro, a la línea, para que me entregaran la visa permanente.

Llegué a la línea, a San Ysidro, y había varias personas; pero a todos los llamaron menos a mí: ya llevaba como tres horas y no me llamaban. Al final lo hicieron, me enseñaron mi visa y mis papeles, los cogieron, me dijeron que los papeles estaban en regla, que todo estaba muy bien, que llevaba muy buenas cartas de recomendación, que estaba casado con una ciudadana -estadounidense-, que tenía un hijo, que esta cosa y la otra; pero al final me dijeron que iban a detener mi visa porque tenían que hacer una investigación, quien sabe por qué. Total que me dijeron que me iban a dar seis meses para que me devolvieran la visa o que apelara a Washington si no me gustaba. Después se complicó la cosa pues me acaloré con el inspector de inmigración y me dio una cita para un jurado de migración, que iba a tener

lugar como en diez días. A los diez días regresé con el jurado; entonces ahí me tuvieron desde las ocho de la mañana hasta como a las cinco de la tarde. Yo estaba enfadado y me hicieron la historia de mi vida, de mis familiares y toda la cosa.

Para no hacer el cuento largo, como a las cuatro y media de la tarde me dijeron que mis papeles estaban muy bien pero que tenía que esperar quizás un año más para que me dieran la visa, aunque yo les alegaba que mi esposa era ciudadana, pero nada me valió. Total que salí desconsolado, parecía que el mundo se me iba a acabar, no pensaba más que en volver a San Francisco, pero pues la situación estaba mal, ya no había más remedio que esperar.

Me regresé a Tecate y esa noche fue de farra con los amigos, y yo preocupado porque no podía volver a San Francisco, me preguntaba qué iba a pasar con mi trabajo. De nuevo recordé el dicho "Todo lo que empieza termina". Tan bien que estaba la cosa, que ya parecía que todo iba bien, y vuelvo a fracasar, pero quizá fue por mi bien. Enseguida comencé a tocar con los muchachos, pero en Tecate no miraba ningún futuro para mí.

En el club "Monalisa", podemos ver a los marines como parte del público.



Por eso opté por irme a Tijuana. En Tijuana tenía unos conocidos de muchos años, los señores Valencia, Manuel y Alberto Valencia, quienes también eran de Tecate. Había conocido muy bien a sus padres, nunca había tratado con ellos, pero resulta que de chico yo boleaba zapatos y uno de mis clientes era Don Alfonso Valencia; era muy rico el señor, nunca se me va a olvidar.

Busqué a Manuel, pues yo le cantaba las serenatas a su novia en Tecate; era muy buena gente. El ya sabía que yo estaba en San Francisco cantando y me preguntó “¿Cómo te ha ido?”, pero nunca le dije que había tenido dificultades, ni nada, solamente que venía de San Francisco y que allá cantaba y le enseñé la publicidad sobre mis actuaciones. Entonces me dijo que la única manera de trabajar en Tijuana era de maestro de ceremonias, pero yo no lo era; entonces le dije: “Mira Manuel dame chanza de cantar con la orquesta”

(para ese entonces había orquesta en todos los cabarets). Manuel Valencia me abrió las puertas de Tijuana y me puso a trabajar como vocalista de la orquesta del “Caliente Club” de la calle 1ª.

Como para ese tiempo más o menos hablaba inglés, cantaba mucho en ese idioma. Entonces comencé a cantar mis boleros y una que otra canción en inglés. Me fijaba cómo trabajaban los maestros de ceremonia. Para empezar me exigieron que entrara al sindicato de la ANDA. Entré al sindicato como meritorio, pues a los que ingresaban al sindicato les hacían prueba, para ver si eran artistas de a *de-
veras*. Pero yo no requerí las pruebas porque en el comité ejecutivo había artistas que habían trabajado conmigo en San Francisco, como Nacho Miller, que me dio una carta de recomendación y Gildardo Núñez, que era secretario del interior.

Total que entré al sindicato de la ANDA como meritorio y mi primera actuación como cantante fue en el “Caliente Club”. Por cierto que ahí estaba también un muchacho de Tecate, Norberto Amador, muy amigo de mi familia. Pero ya no me acordaba de él, hasta después lo ubiqué. Todo mundo pensaba que yo era de San Francisco, que era ciudadano americano y toda la cosa. Eso me favorecía porque en la ANDA me miraban y decían: “Ese cuate es del otro lado y que fue y que vino”, además andaba muy bien vestido ¿no? Traía una ropa que nadie tenía en Tijuana, pura ropa moderna de Estados Unidos; tenía carro, muy buena ropa, mi música y toda la cosa. De manera que conseguí trabajo como *corner* de la orquesta del “Caliente Club”. También aprovechaba para traer de Tecate un carro del año 55 de mi cuñado

Crispín Valle dizque para darle “servicio” y presumirlo entre los artistas. Era un auto muy bonito *Plymouth* color salmón con blanco. Todos se preguntaban si yo tenía mucho billete como para traer un carro así.

Me hice muy amigo del maestro de ceremonias, Arnulfo Vargas, quien después me decía primo porque se parecía a mi familia. Le decían el *Pachuco* Vargas. Él me aconsejaba, “Ándele primo, métase de maestro de ceremonias, con ese inglés que usted habla le conviene”; “No, pues no me animo”, le contestaba.

Un día se le complicó el trabajo pues además del contrato del “Caliente Club”, le ofrecían otro en Ensenada, en el Hotel Bahía. Total que me dice que le haga la *valona*, que me quede yo en el “Caliente Club” como suplencia, pero le contesté que yo no era maestro de ceremonias. Rápidamente

me enseñó un poco y a Manuel Valencia le gustó mi desempeño. Total que estuve seis meses como maestro de ceremonias.

En ese tiempo la variedad era más o menos de calidad, no tan de rompe y rasga como ahora; ya había bailarinas que hacían *strip tease*, que se encueraban, pero también había buena variedad; por cierto que en el *Caliente* había un número de una cantante de color, de nombre Hattie Noel, que cantaba pura canción cómica, yo la llevaba muy bien con ella: le hacía de serio, de patíño, pero en inglés y a la señora le gustó trabajar conmigo. Total que a ella le ofrecieron contrato en el cabaret “Monalisa”; pero puso de condición que me llevaran como maestro de ceremonias. A mí me convenía porque iba a ganar sesenta dólares a la semana, que era muy buen sueldo. Aunque

claro, no se comparaba con el dinero que ganaba en San Francisco, pues allá recibía ciento cincuenta dólares por los dos trabajos, el de música y el de la panadería. Así que sesenta y cinco dólares, estaba bajo, pero de todas maneras para empezar estaba muy bien.

El “Monalisa” era propiedad del chino Luis Mafong; trabajé tres años en ese cabaret. Durante ese tiempo aprendí mucho, al grado de que después me contrataron para otros lugares. En ese tiempo Tijuana era una cosa bien bonita, era la época de oro, porque aunque usted no lo crea en los cabarets de la Revolución, había muchísimos artistas. Eran más de cincuenta los cabarets de esa época dorada. En ese tiempo durante la variedad hasta poníamos cadenas en la puerta para que no entrara la gente, especialmente en los días feriados, los días de fiesta de Estados Unidos. En ese tiempo pasaban los *sailors* y los *marines* de San Diego, principalmente los días primero y quince;



de manera que todas las muchachonas de los cabarets se preparaban para cuando llegaran.

Entre otras, recuerdo una anécdota del “Monalisa”. Una vez que presentaba la variedad, un viernes de 1955, llegaron buscándome unos caballeros de aspecto rígido, me presentaron una orden de detención; eran de la Secretaría de Gobernación, del área de inmigración. Me dijeron que me iban a deportar a “mi país”, Estados Unidos, por carecer de permiso para trabajar en México ya que estaba desplazando a un artista mexicano. Para serles franco yo estaba encantado por aquella situación pues al fin me podría ir a Estados Unidos. Cuando ya me iban a escoltar en su auto, se acercó un policía al que yo había conocido en Tecate, de nombre José Villarreal y quien era chilango, les dijo “Este hombre es más mexicano que los nopales, lo conozco es de Tecate y yo respondo”. Así terminó lo que yo creí era mi vuelta a San Francisco. Ni modo, no se me hizo.

Era pura vida en ese tiempo Tijuana, y era muy seguro, podía andar uno por dondequiera y nunca le pasaba nada. La gente muy amistosa, no había tanta violencia como la hay hoy. Y sobre todo había mucho dinero, aunque mucha gente no lo cree. Después del “Monalisa” trabajé en el Cabaret “Ritz”, como *showman*. De manera que todo marchaba bien; tenía también un programa de radio y trabajé en el Canal 6 de televisión, que era el único que se transmitía.

Y así transcurrió el tiempo muy feliz en Tijuana, ganaba poco comparado con lo que ganaba en San Francisco, pero era muy feliz. Con decirles que ni esperanzas que me pusiera un traje de tienda, todos mis trajes eran a la



medida, de telas especiales que comprábamos. Tenía un cuate que me vendía telas de San Diego, de manera que me llevaba lo mejor y me mandaba a hacer muy buena ropa. Tuve muchas amistades, por cierto que conocí a una muchacha que después simbolizó mucho en mi vida, nos hicimos muy buenos amigos. Bueno, más que amiga: mantuvimos un tórrido romance, ella era bailarina y me costó trabajo dejarla pues no sabía si era amor o la rutina de la vida de la farándula. Siempre la recuerdo y le agradezco su amor del bueno.

Cuatro años después, en 1958, fui a México, Distrito Federal, a hacer una gira y para que me dieran los papeles de la ANDA; estuve en las oficinas del sindicato donde me ofrecieron trabajo pues, como les dije, cantaba también en inglés y pues en ese tiempo casi no había personas que lo hablaran. Pero yo tenía otros planes. Me quería regresar a San Francisco, quería dejar la cantada y dedicarme a otra cosa: reunirme con mi familia. Y un buen día así lo hice; después de cuatro años de buena vida abandoné Tijuana. Y fue un día que ni yo me lo esperaba.

Cuando andaba feliz de la vida y ya no me importaba Estados Unidos, porque me la estaba pasando muy bien, mi esposa vino a vivir a Tijuana por un tiempo. Pero pues no le gustó, no le gustó porque yo me desvelaba mucho. Me la pasaba de farra y pues tenía razón, no le gustó y se regresó. Volvió a San Francisco donde tenía su casa y sus familiares, yo me quedé en Tijuana; pero para eso mi esposa ya iba embarazada por segunda ocasión y se trataba de una niña.

En ese tiempo sucedieron cosas interesantes y bonitas para mí en Tijuana. Me tocó vivir dos huelgas; la primera fue una huelga en “La Zorra Azul”; eso me sirvió socialmente pues me di a conocer entre los artistas, luego todo mundo me hablaba. Después me tocó la huelga encabezada por don Miguel Inclán. Por cierto él murió en Tijuana; era un actor muy reconocido que fundó una academia de arte a la cual yo ingresé pues me interesaba ser un buen artista, conocer de teatro y toda la cosa.

Recuerdo que había cines abiertos, al aire libre. Íbamos al cine en los días de descanso. También a comer a lugares muy bonitos y agradables como “La Copa de Leche”. Cuando andábamos de farra llegábamos a las “Tortas El Turco”. Tijuana era muy bonito, con un bello ambiente que nunca olvidaré.

Trabajando en el “Monalisa”, el director de la orquesta, el señor Rosendo Ruvalcaba, quien además era magnífico pianista y compositor, sugirió que grabáramos sus canciones. Fue precisamente en la estación de radio XEXX a fines del 56 ó a principios del 57, con puros músicos de la avenida Revolución: José Luis Esquer, el propio Rosendo Ruvalcaba, el *Pochi* Ramírez, el *Chamaco* Rosas (dos excelentes trompetistas), y muchos otros buenos músicos; además de su servidor como vocalista. Grabamos dos bellas melodías: *Mil canciones* y *Mares de amor*, que con mucho placer les presento:

Mares de amor

*Te fuiste de mí
como ave que enfile hacia el mar
que busca los mares azules
los mares de amor.
Te fuiste de mí
como ave que enfile hacia el mar
que busca los mares azules
los mares de amor.
Y en tu vuelo
tú pensarás en mi amargo dolor
y en las olas
oirás mi voz que te llama hacia mí.
Vendrás sola hacia mí
a buscar esos mares de amor
sólo en mí podrás encontrar
esos mares de amor.*

Rosendo Ruvalcaba

La mañana que hicimos la grabación fue una auténtica fiesta bohemia. Estábamos puros bohemios como Los Ticos, Gaby Hernández y el arreglista mexicano Fernando Aceves, quien era un músico notable y le había hecho arreglos a muchos artistas del Distrito Federal como María Victoria. Fue una verdadera fiesta. Por cierto en 1957 hicimos allí mismo otra grabación con mi compadre Lalo Guerrero para Discos Real de los Ángeles. Participaron los músicos de Lalo; también pura vida y pachanga. Como dice el dicho: “Entre músicos te veas”.

Así transcurría el tiempo, gozando de la vida, aprendiendo cada día más, conociendo más artistas y viendo aquella alegría de Tijuana. En 1958 llegó una persona buscándome al “Monalisa”, iba enviada por la embajada de México. Como dije antes, a mí San Francisco ya no me interesaba, tenía mucho porvenir en México y estaba tan bonito el ambiente que ya no me quería ir, ya estaba impuesto. Total que llega esta persona y me cita al día siguiente para que fuéramos al consulado y luego a la emigración a San Ysidro, y ahí me entregaron mi visa. Fíjense nomás que ironía de la vida, tantos años esperando y ahí, en un ratito, en menos de una hora, me entregaron mi visa permanente para residir en Estados Unidos.

Dejé un amor

Me acuerdo yo de los fines de semana, qué bárbaro, qué belleza, qué paz, qué tranquilidad, qué bonito, qué bonito era Tijuana, lo es todavía, para qué hablamos mal. De manera que yo seguí ahí y tuve un amorío con una muchacha muy simpática y duramos vario tiempo, ella también era del ambiente artístico –bailarina–, pero las cosas se iban poniendo más serias. De manera que no hubo más que abandonar Tijuana. En agosto de 1958 regresé a San Francisco a reunirme con mi esposa y con mis hijos.

Las cosas no marcharon muy bien; al principio iba bien la cosa pero después ya no; aunque iba decidido a trabajar en otra cosa que no fuera la música, pues casi no había trabajo como artista. Ya no había cabarets con variedad, y para ese tiempo ya no era cantante de orquesta, era cantante de teatro, de *show*. Se necesitaba un *show* para trabajar; no había más que uno con variedad latina, el “Sinaloa Night Club”, de la Powell.



Los discos: Mares de amor: (TEMEX Recording, San Francisco, 1957), Celos (Acapulco Recording Company, Los Angeles, 1951.) y Por qué te quieres ir (Acapulco Recording Company, Los Angeles, 1950), de Freddy Quiñones. ►